

BN
928.67293
R696c
e.2

Kharigraha Udyo
in





CENTENARIO
DE
ML. RODRIGUEZ OBJIO
1838 - 1938



Imp. J. R. Vda. García, Sucs.
Ciudad Trujillo,
1939.

2839/0

19

*C. Larrazabal
Trujillo*

CENTENARIO
DE
ML. RODRIGUEZ OBJIO
1838 - 1938

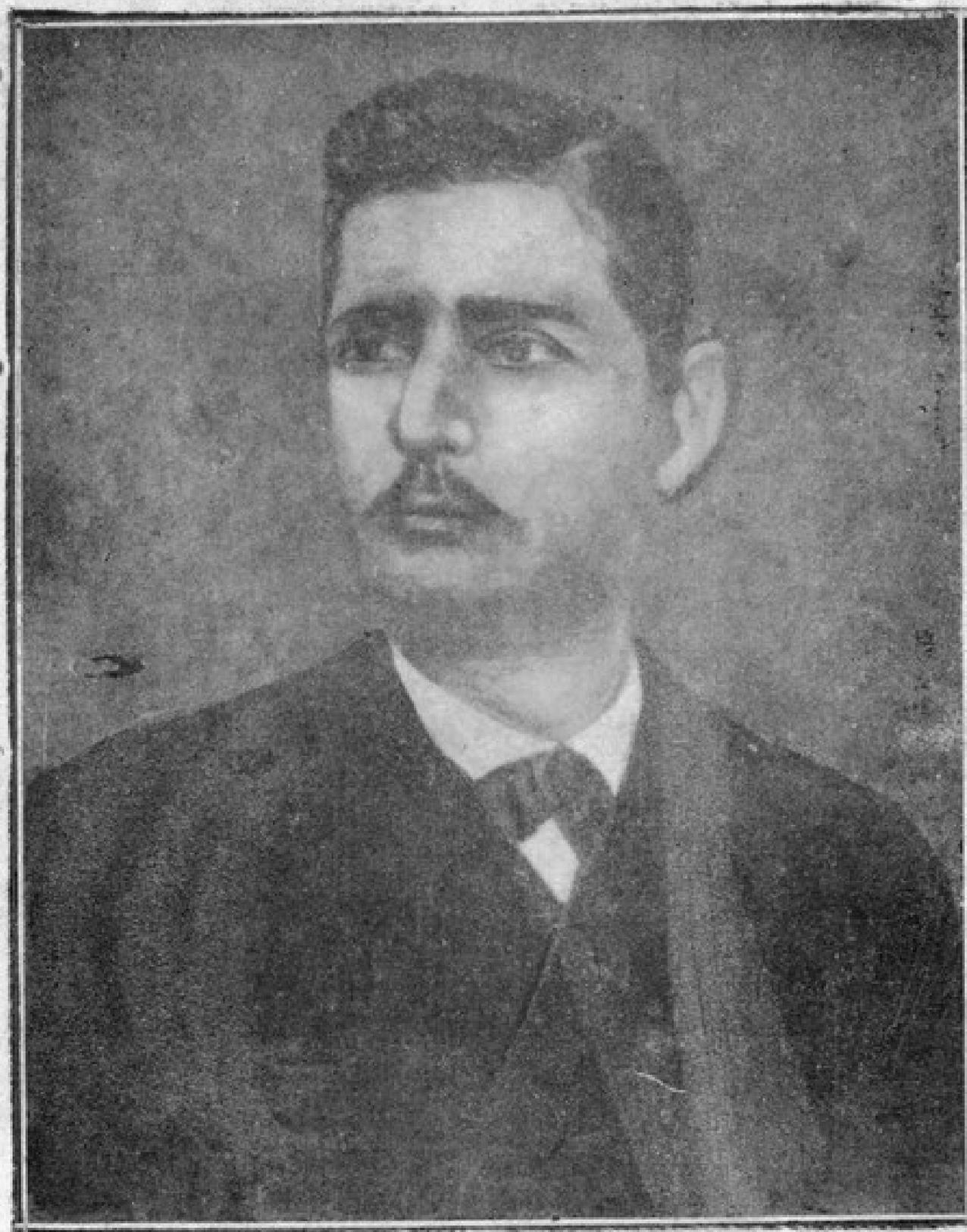


Imp. J. R. Vda. García, Sucs.
Ciudad Trujillo,
1939.



Obsequio de las familias Rodríguez Objío - Damirón y
Grullón - Rodríguez Objío.

BN
928.67293
R696C
Q.2



Manuel Nemesio Rodríguez Objio
19 dic. 1838 — 18 abril 1871.

016563

JACINTO B. PEYNADO,
Presidente de la República Dominicana.

NUMERO 97.

En ejercicio de mis atribuciones constitucionales;

CONSIDERANDO: que el día diecinueve del mes de diciembre en curso se cumple el centenario del nacimiento de Manuel Rodríguez Objío, prócer de la Restauración que a los laureles conquistados en los campos de batalla suma los blasones con que lo consagró la Musa de la poesía heroica; y

CONSIDERANDO: que es deber del Gobierno honrar la memoria de los héroes nacionales con manifestaciones que sirvan de emulación y ejemplo a todos los ciudadanos,

He dictado el siguiente

DECRETO:

1.— El día diecinueve del mes de diciembre en curso, en que se cumple el centenario del nacimiento de Manuel Rodríguez Objío, se celebrarán en la República actos adecuados a la conmemoración de tan magno acontecimiento.

2.— Queda encomendada a las Secretarías de Estado de lo Interior y Policía y de Justicia, Educación Pública y Bellas Artes la preparación del programa que habrá de regir dichos actos.

DADO en Ciudad Trujillo, capital de la República Dominicana, a los siete días del mes de diciembre del año mil novecientos treintiocho.

JACINTO B. PEYNADO.

(Gaceta Oficial No. 52, 10 dic. 1938)

Manuel Rodríguez Objío

(Prócer de la Restauración)

En el primer centenario
de su nacimiento.

Pusiste la Patria sobre la amistad;
tu suelo por sobre toda conveniencia;
y sobre tu vínculo a una autoridad
el culto sagrado de la independencia.

Poeta, tu musa fué la Libertad;
patriota, tu escudo la misma conciencia;
tu ley, el acero de tu dignidad;
tu pluma, la espada de tu inteligencia.

Y la arena cívica que la vida exalta
te halló siempre noble, con la frente alta;
pero te acechaba mezquina pasión.

Y hallaste el patíbulo como desleal,
tú, que fuiste grande como tu ideal;
tú, que fuiste prócer de una redención.

R. Emilio Jiménez,

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

IN THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY



La Academia Dominicana de la Historia en el Centenario de Rodríguez Objío (1)

El 19 de diciembre del recién pasado año de 1938 se cumplió el primer centenario del natalicio de un dominicano que ilustró su nombre en la heroica epopeya restauradora con actuaciones de acendrada proceridad civil y militar; que, tocado de la belleza y el arte, tuvo divino consorcio con las musas y se hizo destacada figura de las letras patrias; y finalmente, que supo tocar a las puertas de la muerte como un hombre, con un fardo de responsabilidades encima y aureolado con el nimbo del martirio. Ese dominicano se llamó Manuel Rodríguez Objío, que había nacido, cien años ha, el 19 de diciembre de 1838, año feliz de la fundación de La Trinitaria. El hijo de Andrés Rodríguez y Bernarda Objío había nacido con la patria.

Por todas las virtudes que lo ornaban la A-

(1) De la revista *Clio*, núm. XXXIII
C. T. enero-feb., 1939.



cademia Dominicana de la Historia dedicóle un acto el 18 de diciembre último.

Su presidente, el maestro Don Federico Henríquez y Carvajal, abrió el acto con un discurso inicial improvisado, que perfiló a Rodríguez Objío como ente moral y como ente físico, como ciudadano y como patriota.

Después siguióle en turno el académico Rodríguez Demorizi con la lectura de un discurso emocionante, que pintó y relató la tragedia del patriota y del político, y, valientemente, quitó la túnica pesada con que sus victimarios cubrieron su cuerpo acribillado por las balas de un fusilamiento político que aparentó escarnecerlo como a vil traidor e intentó sacrificar su alma que quiso siempre vivir para lo bueno y lo bello.

Como un homenaje más al prócer, ese día la Academia recibió la visita de su miembro correspondiente Fray Cipriano de Utrera, que leyó, ya que de un dominicano ilustre se trataba, un trabajo interesante sobre muchos dominicanos que ilustraron, en tiempos de la Colonia, sus nombres con dignas actuaciones en España y varios países de América, actuaciones que se extendieron a las letras, la poesía, la historia, el periodismo y la política.

Acabado su discurso, muy ovacionado, el Padre Cipriano recibió de manos del Presidente de la Academia el diploma que lo acredita como Miembro Correspondiente.

**DISCURSO INAUGURAL PRONUNCIADO POR EL
DR. FED. HENRIQUEZ Y CARVAJAL,
PRESIDENTE DE LA ACADEMIA**

Inicio este acto público y solemne dándole sentidas gracias a la selecta concurrencia que le dá realce con su presencia a guisa de concurso social y cívico.

La Academia Dominicana de la Historia realiza este acto, en honor y homenaje rendidos a la memoria de Manuel Rodríguez Objío, en cumplimiento de un deber cívico y con el propósito de exaltar las virtudes y las glorias nacionales como próceres civiles de la República.

La proceridad es la credencial con que se entra en el Agora de la Historia.

Manuel Rodríguez Objío, desde el alba de su juventud, primavera de la vida, iba por esa vía. Era un precoz en el amor y el cultivo de las bellas letras. Desde los quince años y en algo más de un lustro brilló en su estadio como escritor y como Poeta. El Escritor tuvo nobles ideas y noble estilo. Como Poeta puso en la lira su alma

dominicana. Hay cuatro versificadores que fueron, en el primer período de la República, los poetas nativos, dominicanos por antonomasia, porque cantaron el amor y la vida campesina en trovas fáciles y llenas del color y de la fragancia de las flores silvestres. Son éstos: Félix María Del Monte, Nicolás Ureña, José María González y Manuel Rodríguez Objío. Son los cantores regnícolas dominicanos.

La proceridad de Rodríguez Objío se integra con cuatro caracteres: como Poeta, Escritor, Restaurador e Historiógrafo.

El Restaurador ocupa un primer plano en el escenario de la revolución iniciada en Capotillo. Tres jóvenes —los más jóvenes— se destacan en ese plano. Son los representativos de la generosa juventud que puso su heroísmo al servicio de la Patria. Rodríguez Objío tenía veinticuatro años cuando, luego de servir con las armas en campaña, formó parte del Gobierno establecido en Santiago de los Caballeros. Gregorio Luperón tenía veintitres cuando, como General, comandó las huestes libertadoras en el Norte, el Sur y el Este del territorio insurrecto. Federico de Jesús García solo contaba veintidos cuando con el mismo grado, contuvo en Monte Cristy los regimientos españoles de la Gándara. Son tres figuras bizarras de la juventud restauradora.

El historiógrafo aparece a raíz de la victoria. Inéditas yacen aun, en su mayoría, las páginas escritas por él, como testigo y actor, con fervor patriótico y con sinceridad dominicana.

No debo guardar silencio sin evocar un episodio anecdótico de la hora triste, oh dolor de las añoranzas! en que la tiranía se cebó en su víc-

tima sin oír el clamor de la ciudad en duelo. Rodríguez Objío era aun muy joven y un ambiente de simpatía lo había envuelto en su velo diáfano. Iba a cumplir 33 años como el Cristo!

Corría el año 1871 y, como el Poeta malogrado era hijo de esta logia, (la Cuna América) celebró funerales públicos en honra del fragmasón fenecido. Yo tenía entonces veintidos años y era el orador de la Cuna. El acto nocturno tuvo una nutrida concurrencia. La oración, aunque emotiva, aun no alzaba el vuelo. Un apóstrofe lo inició; y, cuando yo exclamaba —“oh miserias de la política militante!” una voz trémula me decía: “ahí está el Gobernador”..... El orador no se arredró por eso. La palabra libre continuó su discurso en medio de silenciosas lágrimas.....

No pocos creyeron que “el imprudente” iría desde allí a la cárcel..... Pero el Gobernador se retiró sin hacer un gesto y sin decir una palabra.

Más tarde circuló en la ciudad una hoja periódica publicada, en la línea fronteriza dominico-haitiana, por la revolución antianexionista, en la cual se leía una página referente al fusilamiento y a los funerales del ilustre prócer.

Tampoco entonces fuí preso ni desterrado. Dos años después mi expulsión coincidía con la revolución fusionista, iniciada en Puerto de Plata el 25 de Noviembre de 1873, la cual dió en tierra con el régimen de los “Seis Años”.

Sea este recuerdo histórico mi ofrenda cívica a la memoria del joven Restaurador y Prócer civil que fué mi amigo y un noble representante de la juventud dominicana!!!

Discurso del Académico Lic. Emilio Rodríguez Demorizi

Señores académicos,

Señoras y señores:

La Academia Dominicana de la Historia ha confiado a la pobreza de mi palabra el alto y honorador encargo de ofreceros, en este día de merecida glorificación, el elogio del poeta, historiador y periodista, soldado y mártir de la libertad que fué Manuel Rodríguez Objío.

Nunca mayor zozobra para mi pensamiento, huérfano de las fuertes alas requeridas para seguir, en toda su agitada trayectoria, la órbita de aquella solitaria estrella que brilló por un instante en nuestro firmamento, y que luego se hundió, como todos los astros de nuestro cielo, en los abismos de la desesperanza y de la muerte.

En Rodríguez Objío se cumplió el triste sino con duro ensañamiento: fué poeta, y le convir-

tieron en soldado; fué soldado, y le arrastraron a las oscuras tribulaciones de la política; fué prócer, y le arrojaron a injusta prisión; fué gladiador y heraldo de la libertad, y lo llevaron al patíbulo.

Empero, aquella vida, segada en la flor de los años, hoy se alza ante nosotros como en sus días de gloria, vencedor de sus crueles adversarios, y le ofrece a las generaciones del presente el aleccionador ejemplo del patriotismo, de la juventud y del talento, debatiéndose generosamente en aquel caos social del que sólo Duarte pudo salir inmaculado.

De familia esclarecida por el nombre y la virtud, el 19 de diciembre de 1838 nació Manuel Rodríguez Objío en esta legendaria ciudad que fué también su dramático sepulcro. Apenas contaba un lustro cuando la aurora de la patria llevó a su tierno espíritu la primera impresión. Su alma recogió de aquella luz encendida en las espesas nieblas del cautiverio; sus ojos infantiles vieron flotar la enseña trinitaria donde la víspera señoreara el odiado estandarte de los dominadores; su corazón participó del patriótico enardecimiento de los moradores de la vieja ciudad de los Colones en la mañana de febrero; todas las fibras de su ser, en extraña tensión, afinaron el cordaje sonoro de su sensibilidad, y a destiempo hubo en él ese fecundo y misterioso génesis que se produce en las grandes almas en supremos instantes. Cuando Eros, el dios alado, tocó a su pecho con la dorada punta de sus flechas, ya la patria le había transmitido los mágicos alientos de la musa heroica, y le había robado sus primeros arpegios junto con sus primeros ayes.

Vió al triste Duarte, al infortunado Sánchez,

al intrépido Mella, a Pérez y a Pina, arrojados como materia inmunda hacia el destierro; vió tristezas y desazones donde antes florecía el patriotismo; y vió, según sus propios versos,

La perla de Colón gemir exhausta
pudiendo apenas sacudir osada
la cerviz por sus hijos abatida.

Y así, llenándosele el alma de oscuras pesadumbres, dejó el hogar a los catorce años, ya huérfano de padre, y fué a errar por la orilla del Hudson, en enero de 1855, temprana peregrinación que le preparó para la vida, templando su carácter, tan independiente y tan altivo, como era su espíritu de indomable y ardoroso. Apenas había salido, entonces, de las aulas del Colegio de San Buenaventura, abierto en 1852, donde recibió las doctas enseñanzas del Pbro. Gaspar Hernández, de Felix María del Monte y de Alejandro Angulo Guridi.

En 1854, bajo el absolutista señorío de Santana, la juventud capitalena fundó la Sociedad AMANTES DE LAS LETRAS. Organo de esa benemérita agrupación, a la que perteneció Rodríguez Ojío, fué el periódico literario EL OASIS, claro manantial en amargas soledades, en esa oscuridad en que el más leve rayo de luz era como una aurora que jamás pasaba de ser una esperanza.

Al malograrse las ilusiones de paz y de progreso de la meritoria sociedad, Rodríguez Objío se trasladó a la ciudad de Azua, por el año de 1856, y al siguiente año, arrastrado por los acontecimientos políticos que ensangrentaron el país, se vió de improviso con el arma al hombro en aquellas luchas de hermanos contra hermanos. ¡Triste destino el de esa juventud aleccionada en tan aciaga escuela! Del campamento de Man-



ganagua, donde perteneció al Estado Mayor del General Santana, entonces al frente de las tropas que sitiaban a Santo Domingo, pasó Rodríguez Objío a servir las funciones de Secretario del Ministerio de Interior y Policía, cargo que renunció cuando la Sociedad Amantes de las Letras, cobrando nueva vida, fundó el periódico literario FLORES DEL OZAMA, en que el joven poeta publicó, entre otros trabajos literarios, algunos de sus versos patrióticos y su bello estudio acerca de “si César fué un bien o un mal para Roma”, que todavía pueden leerse con deleite.

Mientras la musa erótica y sentimental ejercía su fácil preeminencia en casi todos los bardos de su generación, Rodríguez Objío extendía sus alas por regiones más altas cantándole a la Patria, a la religión y a la fe que animaba su espíritu. Pero no fue extraño a las influencias de dos grandes poetas, lo que explica, en parte, su azarosa vida. El mismo lo declara en sus **Memorias**: “El genio y la naturaleza de Espronceda me entusiasmaban. Cuando tuve noticias de Byron me enamoré perdidamente de él”.

Nuevas vicisitudes, como siempre, le arrebataron del lar nativo y le llevaron a la solitaria Isla de Saint Thomas, ya en los días precursores del crimen de la Anexión a España. Encontróse allí con el glorioso y desdichado Francisco del Rosario Sánchez, con quien le unía honda amistad.

El joven poeta fué a visitarle. “Es preciso,—le dijo Sánchez,— que cooperes en evitar esa anexión vergonzosa que no es sino una traición infame manejada por Santana y sus esbirros”.

“General,—respondió Rodríguez Objío,—cuente Ud. conmigo; y aún cuando la oposición a

este acto diera por resultado el advenimiento de Báez, no me vería Ud. vacilar. Cualquier hombre es preferible a una dominación extraña”.

“Así te quiero, Manuel”, contestó Sánchez, que bien debía ser objeto de su amor todo el que amara su bandera.

Después de la tragedia de San Juan, perdida toda esperanza de redención, Rodríguez Objío volvió a su Patria; se hundió en la soledad del campo, y estuvo en apartado retiro hasta que, hallando eco en su sensible corazón las dianas de Capotillo, y anticipándose a la persecución de que fué objeto, logró embarcarse para Curazao el 17 de septiembre de 1863, precisamente el mismo día en que hacían su entrada a Santo Domingo las primeras tropas españolas vencidas por los restauradores.

De Curazao pasó a Caracas, el 7 de octubre, y allí, el joven patriota que poco antes había estado junto a Sánchez, ahora estaba al lado de Juan Pablo Duarte, heridos sus corazones por el mismo dolor y por las mismas ansias. ¡Qué extraterrena irradiación bañaría su espíritu en la augusta presencia de aquel Mártir!

Rodríguez Objío, que ostentaba a la sazón las charreteras de Capitán del ejército dominicano, recibió entonces, de manos del Fundador de la República, el despacho de Coronel.

Ambos se entregaron de inmediato a la tarea de recabar del gobierno del General Falcón recursos para la guerra contra España, largas gestiones que fueron poco menos que infructuosas. El 16 de febrero de 1864 salieron para Curazao y de allí, pocos días después, se embarcaban con el General Mariano Diez, Vicente Celestino Duarte y el Comandante Candelario Oquendo, rumbo

a las costas dominicanas. ¡Hermosa odisea la de estos Ulises del patriotismo, juguetes del mar en frágil embarcación perseguida de cerca por el vapor español **Africa!**

Un liberal español, un ignorado hidalgo, de esos que luchan por la justicia aun en contra de su Patria, los condujo a las playas de Monte Cristi, y de allí tomaron el camino de Santiago a ponerse a disposición del Gobierno Provisorio, entonces presidido por Pepillo Salcedo.

Rodríguez Objío fué destinado inmediatamente al Campamento del Sur, a las órdenes del General Manuel María Castillo, jefe de aquel sector, donde ganó, a fuerza de abnegación y de denuedo y sirviendo arriesgadas comisiones, los primeros laureles de su proceridad, y donde, el héroe de Santomé, luego sustituto del general Castillo, le confirmó el grado de Coronel que le había sido otorgado por el egregio Duarte.

En aquellas horas de crisis de la revolución, cuando se iniciaron las frustradas negociaciones entre los restauradores y el General la Gándara, Rodríguez Objío fué designado Plenipotenciario del Gobierno Dominicano y enviado con tal calidad a Monte Cristi, en compañía de otros generales, misión inútil en aquel piélago de opiniones tan opuestas.

Tras la reacción que le costó la vida a Pepillo Salcedo, el General Gaspar Polanco asumió la Presidencia de la República en armas, y Rodríguez Objío, que frisaba entonces en los 25 años, cuya personalidad ya cobraba merecida notoriedad, fué nombrado, el 15 de octubre de 1864, Ministro de Relaciones Exteriores, y seis días después, General de Brigada.

Con actividad pasmosa y sin ejemplo, a la vez

que servía las funciones de su Ministerio, se entregaba fervorosamente al periodismo, que contribuyó en tan alto grado a imprimirle a la revolución el solemne carácter nacionalista de que carecía. Desempeñaba por la frontera una importante comisión, cuando en Dajabón le sorprendió el movimiento que derrocó la dictadura de Polanco. De regreso a Santiago, el 31 de enero de 1865, fué cargado de grillos junto con sus compañeros de gabinete.

—No fueron días de ociosidad los de la cárcel: dejó en su DIARIO emocionantes páginas, rebosantes de ardor patrio y de belleza y de su fe en el triunfo de la causa dominicana.

Al concedérsele la libertad, por no existir cargos contra él, recibió la orden de ponerse bajo el mando del General Cabral, a cuyo campamento de San Juan llegó el 17 de abril. Pocos días después entraron las tropas revolucionarias a la ciudad de Azua y luego, el 12 de julio, a Santo Domingo, victoria que tendría para él, sin embargo, su inevitable acíbar: su madre y su esposa habían sido objeto de la saña del General la Gándara, quien las condujo como rehenes al vapor VASCO NUÑEZ DE BALBOA, en compañía de otras familias dominicanas víctimas de la ira española de esos días.

Al finalizar la guerra de la Restauración, Rodríguez Objío no logró apartarse de la política ni dejó de inmiscuirse en las contiendas fraticidas, condenables si se consideran como productos de barbarie o como rémoras de la civilización y del progreso, pero muy nobles y muy justificadas si se estudia el fondo nacionalista que las animara casi siempre. Nadie juzgó como José Martí esas revueltas que le dieron al pueblo dominicano el título de belicoso, consagrado por el

historiador Estévanez. En una página desconocida, al referirse Martí a nuestras guerras, según él en "apariencias mezquinas, por más que fueran forma natural de la inevitable contienda que en los países nacientes surge, entre las personalidades fuertes y bravías que asaltan el mundo, y los hombres de pensamiento, previsión y justicia que se les oponen", exclamaba: "No hay luchas más nobles que estas pequeñas guerras! Bien idas están, y no vuelvan nunca, ni para Santo Domingo, ni para ninguno de nuestros países! pero no se quiera hacer de ellas culpa ignominiosa de las Repúblicas que **en la misma frecuencia de esos combates tienen su mayor decoro!** Allí, donde se ha peleado menos, el carácter tardará más en desenvolverse, y los hombres han adquirido hábitos funestos: donde se ha peleado más, se ha andado más aprisa: se ha pasado por lo inevitable, y se está llegando antes a lo útil. Así dan mejor fruto los campos bien regados".

Afortunadamente para su nombre, Rodríguez Objío aparecerá siempre en esas luchas al lado de los próceres más íntegros: en el partido azul o partido nacional, heredero de la porción más pura de la legión restauradora.

A fines de 1865 servía el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el Gobierno de Cabral, cuando el cándido Protector le franqueó las puertas de la Presidencia a Buenaventura Báez. El antiguo Mariscal de Campo español le tuvo entonces por amigo y le designó su Delegado en el Cibao. No se aprovechó de su amplia autoridad para servir egoístas intereses de partido, ni para medrar y enriquecer su hacienda, sino para reanimar la desmedrada hueste nacionalista y para defenderla de injustas persecuciones, lo que le valió reproches del mismo Báez,

Para contener las inusitadas demasías del General Lovera, aquel célebre gobernador de Puerto Plata que le dió solemne sepultura a su caballo, Rodríguez Objío fué designado para ocupar la gobernación de ese Distrito, cuando ya se agitaba la conspiración que derrocaría al Presidente Báez. “En aquella ciudad, —dice el poeta José Joaquín Pérez,— donde nunca Báez ha podido contar con partidarios, casi se le obligó a que diese el grito de rebelión contra aquel mandatario, secundando el movimiento iniciado en otros puntos del Cibao”.

Corría el año de 1866. Desde Puerto Plata, que se había pronunciado contra el gobierno, despachábase un barco hacia las Islas Turcas en busca de Gregorio Luperón, caudillo de la revuelta, jubilosamente recibido en su pueblo natal el día 28 de abril. Entre la ardorosa muchedumbre estaba Rodríguez Objío, ajeno a lo que significaría en su vida aquella escena, principio de sus mayores infortunios. A su palabra, la del Gobernador, por ser la primera autoridad, y por existir entre él y Luperón los viejos fuertes vínculos de la manigua en la guerra restauradora, le fué confiada la salutación del ilustre soldado de la libertad. Entre los jubilosos vítores y los marciales acordes de la música, pronunció, frente al héroe, su fatal discurso:

CIUDADANO GENERAL: La Providencia que ha conducido hasta aquí mis pasos, me destinó, sin duda, a recoger y depositar en vuestras manos el pabellón glorioso que por segunda vez levantásteis con heroico denuedo, como símbolo de libertad. Cuando por una desgracia inexplicable el partido nacional tuvo que inclinarse bajo la manchada planta de los españolizados, yo deploré en el fondo de mi alma aquel suceso: pero a la vez que el corazón me impulsaba a rechazar noblemente el gobierno de un traidor, la cabeza me ordenaba se-

guir una conducta distinta.... En esa lucha de mi corazón y mi cabeza el triunfo fué de la segunda.

Yo siempre había sido designado como enemigo del Mariscal Báez. El ostracismo, la cárcel me amenazaban de cerca. El destino que cupo a todos los hombres de la Restauración mis compañeros, ese mismo debió caberme; más negro si se quiere: vos, ciudadano General, sabéis la razón.

Queriendo esquivar la persecución y ser útil a mis compañeros de glorias y de reveses, mentí fidelidad al nuevo amo: aquel hombre, enemigo eterno de mi Patria y de mis amigos, tuvo la debilidad de creermé, encomendándome una misión de importancia en el Cibao, y más tarde el gobierno civil y militar de esta Plaza que debía ser el camino de vuestro triunfo... Los sucesos han coronado mis deseos, pues al primer grito de los míos he estado en aptitud de asegurarles este importante Distrito, y abriros las puertas de la Patria. Mucho he sufrido moralmente, ciudadano General, habiéndome visto condenado a hacer un nuevo sacrificio en obsequio del gran partido nacional: el de mi conciencia torturada. En lo futuro, ciudadano General, estoy dispuesto a renovar el sacrificio de mi sangre como soldado.

El 25 de este mes pude arrojar definitivamente el disfraz, encabezando el pronunciamiento de esta Plaza: en tal hecho el espíritu nacional me ha guiado. A LOS TRAIADORES ES PRECISO HERIRLOS A TRAICION.

Ciudadano General, después de consumada la obra puedo aseguraros que mi mayor satisfacción es presenciar el triunfo de mis colegas, al cual he cooperado eficazmente: ninguna recompensa me prometo por ello; cual que sea el puesto que yo ocupe, bendeciré siempre a los hombres de la Restauración, y seré uno de los mejores apóstoles del partido nacional. Entre el Mariscal Báez y el compañero y amigo del héroe de La Canela no puede existir lazo alguno.

Vivan los héroes de Capotillo!

Tal fué el memorable discurso, grito desbordante de fervor patriótico, tan irreflexivamente censurado. En el enjuiciamiento de ese acto jamás deberían descontarse las circunstancias que lo rodearon: fué en un pueblo radicalmente adverso a Báez; era la lucha del partido nacionalista, surgido de la Restauración, contra el partido rojo cuyo jefe había ostentado la faja de Mariscal de Campo español; y ser fiel a Báez habría sido, a la postre, ser infiel a la República. Entre ser infidente a la Patria o al mandatario en cuyo pensamiento ya germinaba el nefando crimen de la Anexión a los Estados Unidos de Norte América, optó por ser desleal al desleal a la nación. Y así, aquel joven, que apenas contaba 27 años, cegado por el inevitable magnetismo que irradiaba la personalidad de Luperón, tan fuerte y poderosa que influiría en esos altos espíritus que fueron Hostos y Betances, le entregó la plaza de Puerto Plata y le abrió a la revolución el camino de la victoria.

Para vindicarse del dictado de traidor con que sus adversarios quisieron infamarle desde entonces, decía: “la exaltación del momento puso en mis labios un discurso que sólo podía ser bien acogido en el instante en que fué pronunciado. Su impresión desacreditó su sentido; y lo que en una situación fué un acto de abnegación generosa, o de energía brutal, tomó las apariencias de una inmoral fanfarronada.... Mis enemigos no perdieron la ocasión de herirme con mis propias armas. Yo había sido bastante imprudente para suministrarles. Bien visto, dos absurdos resaltan en mi alocución: el primero consiste en asegurar que había mentido fidelidad a Báez, cuando a la verdad jamás tuvo este hombre la ocasión de inquirir sobre mis opiniones.... El segundo absurdo consiste en calificarme de traidor hiriendo a otros traidores. **No hay traición,**

—dice Saint Remy,— sino cuando se combaten o los principios o la Patria.”

Esa mal entendida lealtad, fanáticamente profesada al General Santana, fué lo que convirtió al heroico Puello, a Suero, a Valerio, a Valverde y a tantos más, en servidores de España en contra de su patria. Esa misma lamentable incondicionalidad, consagrada a Buenaventura Báez, a la que se sustrajo Rodríguez Objío, fué también la que puso, anticipadamente, en manos de antiguos próceres, la bandera de las franjas y las estrellas con que Báez quiso sustituir nuestra bandera.

¡Bendita sea, pues, la infidencia de Rodríguez Objío, y benditos sean los infieles de tan noble linaje!

Arma al hombro, junto a Luperón, Rodríguez Objío se fué a la guerra. Combatió denodadamente en La Cumbre y siguió en todas las vicisitudes de la campaña, ora escribiendo, ora peleando, siempre al lado de su héroe. Al advenir la paz, dejó el arma y fundó el periódico santiagués LA VOZ DEL CIBAO, heraldo del nacionalismo contra las continuas intrigas del partido baecista, que acaudillara aquel malogrado estadista que fué Buenaventura Báez, tan admirable en su primer gobierno como vituperable en los postreros.

Los acontecimientos de principios de 1868 lo arrojaron de nuevo a las desolaciones del destierro. ¡Cuántas congojas y peligros los de esta angustiosa peregrinación!

Desde el Ozama, antes que sufrir de nuevo el ominoso régimen de Báez, cerca de cien personas abandonaban la orilla del Ozama con sólo esperanzas de miseria y de muerte. Fué el memo-

rable viaje hacia el árido y desierto islote de Guaiguasa, en cuya travesía fué arrojado al mar, víctima del cólera que infestaba las costas venezolanas, el Presbítero Dionicio Valerio de Moya.

Dos poetas, compañeros en la aciaga aventura, Rodríguez Objío y José Joaquín Pérez, sentirían crecer en sus pechos el odio a Báez, en el dantesco espectáculo: el cuerpo inanimado, ceñido el oscuro hábito sacerdotal, hundirse como un ánora humana en la soledad y el misterio del océano, tras el responso de las olas.

Rodríguez Objío no quiso permanecer en los nostálgicos ocios del ostracismo, y muy pronto se trasladó a la capital haitiana con el propósito de unirse a los que allí conspiraban contra Báez, pero perseguido por Salnave, a instigación del mismo Báez, logró escapar hacia los Estados Unidos de Norte América. De allí pasó a las Islas Turcas, cuando Luperón se preparaba nuevamente a levantar el estandarte de la infortunada rebelión que le costó la libertad al desdichado poeta, y luego la vida.

El 14 de marzo de 1871, cuando salía de las fragosidades de Capotillo haitiano, con los 45 patriotas que acompañaban a Luperón en su protesta armada contra el proyecto de Anexión a los Estados Unidos fraguado por Báez, Rodríguez Objío escribió el himno llamado de Capotillo o de la Restauración, convertido, con música improvisada, en canto de guerra de aquellos héroes.

Derrotadas las tropas revolucionarias en el memorable combate de El Pino, por los campos de Guayubín, Rodríguez Objío fué hecho prisionero y condenado a muerte. "La hora de la venganza, —escribía José Joaquín Pérez en 1875, —había sonado ya!" El General Juan Gómez, ba-

jo cuya custodia generosa emprendió el camino de Santo Domingo, hizo inútiles esfuerzos por salvarle la vida. En Santiago, en todos los pueblos del trayecto, empeñáronse en que no se realizara la ejecución del joven prócer, digno de esa gracia por su acrisolado patriotismo, por su edad y por las dotes de su preclara inteligencia. La resolución de Báez era irrevocable. Ni lágrimas ni ruegos, ni las súplicas del cuerpo diplomático y consular, ni de las logias masónicas, ni el llanto de las damas que se arrojaron a los pies del inmutable mandatario, ni el dolor de la madre infeliz, llorosa e implorante, ablandaron su corazón. Nunca una lágrima, arrancada por tan intensa angustia, cayó sobre piedra tan fría como esa alma endurecida por el agravio, y empedregada por la más siniestra de las venganzas!

La tradición conserva todavía el pesaroso recuerdo de aquellos días de duelo para los acongojados moradores de esta vieja ciudad, tan heroica y tan sensible y tan humanitaria aún en los más terribles trances de su historia. Una dama extranjera, de ilustre nombre y singular belleza, fué la escogida para que hablase a nombre del grupo de damas que se acercó al Presidente Báez a rogarle por la vida del poeta, que ya estaba en capilla. Arrojóse la bella mujer a las plantas de Báez, pero él no oyó la palabra trémula de la hermosa, ni vió sus ojos suplicantes; sólo vió la tentación de esa beldad de carnes opulentas, entre cuyas sedas, en aquella postura, se ofrecían a sus ojos las incitantes cimas del seno tembloroso; y aquel hombre, indigno del gesto de Friné, sensual por instinto, vencedor de la piedad, se sobrepuso al natural despertamiento de su sangre y exclamó alzándola del suelo:

“Levántese, señora! Si su hermosura pudiera defenderme del enemigo, yo lo perdonara...”

Al día siguiente, 18 de abril de 1871, las balas fratricidas desgarraban el corazón de Manuel Nemesio Rodríguez Objío: no se acobardó frente a la muerte; no gimió ni suplicó; serenamente despidióse de familiares y de amigos; encomendó su alma al eterno, y sus ejecutorias al desapasionado juicio de los hombres.

Junto a la lira ensangrentada, para siempre silenciosa, quedó inerte aquella carne joven que animaran un noble y alto espíritu y una inteligencia esclarecida, en plena florecencia.

Mañana, cuando se conozcan las poesías, en parte publicadas, de este poeta que fué, en cierto modo, precursor de la insigne Salomé Ureña, y corran impresas sus extensas e importantes obras aún inéditas, las RELACIONES, y la VIDA POLITICA Y MILITAR DEL GENERAL GREGORIO LUPERON E HISTORIA DE LA RESTAURACION, escritas con admirable estilo, habrá de reconocérsele como uno de los más brillantes escritores dominicanos de su tiempo. Se conocerá, también, cuanto hizo por la Patria y cuales fueron los sueños y las glorias malogradas en él al apagarse, en el patíbulo, la desdichada estrella de su vida.

Al siglo de nacer, el Gobierno de la República, la Academia Dominicana de la Historia, la posteridad reconocida, se prosternan reverentes y devotas ante la tumba de quien fué, como el Cantor del Niágara, poeta, historiador, periodista y prócer de la libertad, en el breve espacio de una vida aciagamente malograda.

Ya es la hora de su resurrección. Que así como le despertaran las bélicas cornetas en los épicos amaneceres de la manigua, en la cima del legendario Capotillo o entre las ruinas de Santiago, ¡hoy le despiertan las dianas de la inmortalidad!

Emilio Rodríguez Demorizi,

SANTANA

Santana es ya un hombre del pasado: la posteridad ha comenzado para él i su nombre inscrito sobre la lápida del sepulcro debe pronunciarse con recojimiento.... La muerte santifica aún a los malvados; i después de la tumba el eco de la pasión debe dar lugar al eco de la justicia. El anatema que persigue a los tiranos, la voz del pueblo que les maldice, es más estrepitosa mientras viven; pero cuando no queda ya del tirano sino una sombra, una memoria, el anatema debe ser más augusto: la voz es siempre más solemne.

Contemplemos a Santana al través de la eternidad, contemplémosle bajo el velo mortuorio que le cubre... Su figura llena un espacio de 19 años: ella absorbe la República en su era de Independencia i asiste a los primeros combates de la Restauración, si bien enrolado en filas extranjeras... La gloria le prestó su manto; él lo empapó en sangre de su pueblo, i la traición lo arrancó a pedazos de su sombra... En la vida de Santana la ambición i el patriotismo se cho-

can; i en la lucha a muerte que sostienen, el último queda vencido e inmolado. Para que no pudiese levantar jamás la frente, Santana apela a la intervención extraña i hace de la España el guardián armado de su cautivo. Los héroes de la Independencia que proscriben i condena al suplicio no osan mirarle frente a frente: nadie le habló jamás de igual a igual; i este Sila moderno, sin la ilustración del sangriento romano, murió en el lecho sin haber encontrado un rival que le venciese...

La Restauración no ha producido hasta hoy una figura semejante. El laurel que conquista en Azua, lo pisotea en Santo Domingo derrocando la Junta; pero su gran crimen no consistió por entonces en proclamarse Jefe Supremo. César hizo que Roma le perdonase la usurpación. Consistió, sí, en haber encarcelado, proscribo, fusilado a los próceres de la Independencia, llevando su rigor hasta consumir el sacrificio de una mujer... La esterilidad de tantas persecuciones las hace más odiosas: él había arrollado con facilidad cuantos obstáculos pudieran impedir su elevación i pudo mantenerse en ella sin necesidad de grandes violencias: su propia fuerza era su garantía.

Nunca fué Santana más temible que en sus horas de aparente desprendimiento. El partido de Febrero cree que le vence cuando le vé alejado en la escena pública en 1848, pero el año 1849 estaba demasiado cerca para su desagravio. La gran habilidad de Santana consistía en no desperdiciar las ocasiones; él supo arrancar de las manos de sus enemigos el gran laurel de Las Carreras conquistando el título de Libertador. Desde entonces su dominación es irresistible, i cuando no manda personalmente coloca bajo su tutela a todos los mandatarios. El terror vá doquie-

rá en su auxilio: impone desde su retiro del Prado, impone desde los campamentos, impone desde el ostracismo a que por acaso se vé por unos días condenado, e impone al fin de tal manera, que sustituye en un momento la Cruz por el León de Castilla.

Todo lo posponía Santana ante una idea; fué el favorito de sí mismo; i sólo vivió en estrecha alianza con la fortuna. Mimado por ésta, trató a los demás hombres como cosas i soñó que la Patria era exclusivamente suya. Heredero de un nombre esclarecido en la memorable jornada de Palo Hincado (1809), le utilizó hábilmente i acaso fué el estribo de su poder gracias a las preocupaciones populares. Santana no creyó a ningún hombre necesario, i anonadaba al día siguiente a los mismos que había encumbrado el anterior. Por las mismas razones, él no se creyó nunca obligado a guardar fidelidad a los gobiernos: sabía la ciencia de crearlos i también la ciencia de abatirlos. Cuando la opinión se le escabullía, no entraba en lucha con ella, sino que antes bien le daba campo, medio sin duda, el más hábil, de recuperarla, por lo que muy pronto volvía a merecer sus favores. Sabía huir a tiempo i aplazarse para las grandes ocasiones; de aquí el que sus acometidas fueran irresistibles. El abdicó en 1848 i a los nueve meses imponía un gobierno al país; abdicó en 1856 i antes de un año su poder era más sólido. La anexión con que osó alucinar a España, no fué de hecho sino su tercera abdicación, pero una abdicación infame. La revolución restauradora no le causó la menor sorpresa; la esperaba i aún soñó que tomaría parte en ella: él ignoraba que los traidores a su Patria jamás se rehabilitan. Encargado de batirla se dejó asediar en Guanuma: el interés personal lo retuvo en las filas españolas; su

corazón estaba con los restauradores, pero comprendió muy bien que ni el uno ni el otro triunfo satisfaría su ambición.

Santana era ya en aquellos días, a los ojos de su pueblo, un traidor, un judas; a los del pueblo español, un infame que había traficado con su sangre i su dinero: maldecíanle las huestes vencedoras de los dominicanos i maldecíanle también las rotas falanjes del ibero... Meditando indudablemente en la esterilidad de los grandes crímenes, se retiró al Seybo i más tarde a Santo Domingo donde la fiebre que le causaba su impotencia le hizo morir de rabia... Lo hemos dicho: Santana no ejerció el mal por instinto; no era su naturaleza la que le guiaba por la senda del crimen; era sí su convicción política, era el juicio que había formado de los hombres i la necesidad consiguiente de dominarlos. Cuando perdió la esperanza de recuperar una vez más el poder, cuando su energía sangrienta no encontró víctimas que le fueran útiles, cuando, por último, comprendiendo su gran yerro, conoció que la sangre dominicana vertida por la cuchilla española no fertilizaría ya sus marchitos laureles, Santana quiso ser caritativo i humano; disputó al verdugo español las víctimas que en otro tiempo habría entregado al suyo; i consintió en que la revolución se desarrollase ante su vista, para derrocar un poder que le era repugnante. Salvaje arrancado de la pampa a los cuarenta i tres años para ser colocado en el primer puesto de su Patria, dotado de un genio absoluto i avasallador como Luis XIV o Bonaparte, no le era dable pararse nunca en medios, i resuelto a conseguir siempre sus fines, él saltaba la barrera de la conciencia i la generosidad se le hacía imposible aún en los días de triunfo.

Santana supo utilizar cuanto el hombre cono-

ce de más sagrado, i la augusta religión de Cristo fué en sus manos un arma formidable; él la enaltecía o la profanaba según la inspiración i utilidad del momento: nada le importaba violar un juramento solemne si esa violación le era provechosa. ¡Ay del que fiase en su palabra tratándose de asuntos políticos! Los patíbulos que levantó en el suelo dominicano, le suministraron materiales con que formar el pedestal de su grandeza, así que cuando el pedestal se debilitaba le era forzoso apuntalarlo con nuevos sacrificios. La razón de Estado fué la única Diosa a que Santana rindió culto sincero; i para hacérsela propicia él la aplacaba con hecatombes humanas. Esa Diosa ha sido i será en todo tiempo el ídolo de los tiranos.

Gran genio, gran figura, voluntad irresistible, alma templada en el horno de la ambición, constancia en las empresas, vigor en el ataque, tal es Santana considerado como el hombre necesario un día para salvar su Patria de la guerra interior i de la dominación haitiana... Considerándole así, viéndole de ese modo, su título de Libertador no fué usurpado, ni le faltaron derechos para ceñir la espada honrosa que le ofreció el pueblo. Pero contemplándose así viéndose de este modo, Santana quiere imponerse al país como su Providencia; no como su Providencia benéfica, sino vengadora; su voluntad de hierro no admite contradicción; su egoísmo no le permite tolerar rivales; i ofuscado por el espíritu ambicioso que le domina, destruye cuanto se le opone, ejercita su astucia en inutilizar todas las entidades que supone capaces de oscurecerle, i bajo el hierro de sus sicarios caen los hombres más ilustre del país. Vence siempre que se promone, pero su alma endurecida se niega al perdón i sus triunfos se celebran con himnos fúnebres. Nada le arredra, nada le trastorna, pero

la nación tiembla de su constancia: últimamente, sobreponiendo su personalidad a los intereses comunes, sacrifica el país que le sirvió de pa-lenque i acepta con orgullo el dictado de traidor.

Tal es Santana considerado como el hombre sin fé política, que por un camino de sangre arrastra al cautiverio a un pueblo heróico, imponiéndole la dominación ibera. Su vida fué un tejido de grandes hechos i de crímenes odiosos, haciéndose imposible separar los unos de los otros; de aquí el anatema que arrastra su memoria. Este anatema no se levantará jamás, pues la historia, que es el gran libro donde la humanidad inscribe sus sentencias, ha consagrado como principio la execración de los traidores a su Patria... El velo del oprobio les amortaja en la tumba!

Manuel Rodríguez Objío.

SANTIAGO

ODA

Fué... nada resta ya: leve ceniza
el hogar do habitaba la opulencia
cubre doquier; y la inconstante brisa
con ella retozando,
burla a su vez la mundanal demencia.

El Yaque, que sumiso ayer besaba
de la Sultana ilustre la orla de oro,
y su poder, ruidoso pregonaba,
hoy corre triste como corre el lloro.

Sentado, mudo, en ademán de duelo,
contempla la Sultana que él dormía,
acusa en su dolor al mismo cielo,
y con angustia suma
sus aguas trueca en lago de agonía...

“Padre Yaque, levanta! En esas ruinas
“oculta está de lauros la corona;

“si oprobio esos escombros imaginas,
“la Perla de Colón de ellos blasona.”

“No es de oro, nó, la espada triunfadora
“que cortando el dogal del oprimido
“fija de la opresión la postrer hora,
“soltando la cadena
“del que en esclavitud vive sumido.

“Es de hierro y de fuego cual la espada
“del ángel que al Asirio destruyera,
“que así la Libertad reconquistada
“sobre cenizas, sin rival impera”.

Dijo la Gloria; y en sublime vuelo,
perdida entre las nubes,
elevóse magnífica hacia el cielo,
do el incienso recibe
que sin cesar le ofrecen los querubes.

Siguió su curso el Yaque: cristalinas
sus murmurantes aguas repitieron
el eco de la Gloria, y se perdieron
sus nobles vibraciones en las ruinas.

En ellas vaga el belicoso acento
que de los bravos el valor excita
y que lleva hasta Ozama el raudo viento.
El patriota le escucha
y ánsia inmortal su corazón agita.

¡Alimento vital del patriotismo
sagradas ruinas sois: prenda segura
de odio eterno al infame servilismo,
y de la dulce redención futura...!

No más, no más oprobio a la Primada,
-que el mundo ya bendice sus laureles;

y fulmina en su diestra ardiente espada,
en la hoguera espaciosa
que consumió a Santiago, ayer templada.

La pregonera fama del patriota
dominicano, el entusiasmo cuenta;
y allá del Tajo en la región remota
el orgulloso Ibero se amedrenta.

Desiertas están, sí, las anchas calles,
y las plazas de escombros hoy cubiertas;
mientras que al brillo de apacible luna,
como memoria negra e importuna,
cree la mirada ver sombras inciertas.

Humanas voces escuchó el oído
que libertad clamaban y venganza;
y en el espacio el eco repetido
reanimaba del héroe la esperanza.

De mártires ilustres la memoria
en las augustas ruinas esculpida,
nos cuenta de cien próceres la historia....
su fin sangriento evoca,
y el ánima se siente conmovida.

Aun dicen que en la noche silenciosa
el eco de las víctimas resuena
excitando a la liza sanguinosa;
y de ardor noble el corazón se llena.

La mente se arrebatada, y transportada
ve del sangriento drama el negro día,
la virtud por el odio acuchillada,
y el plomo silbador que corta el hilo
de la vida a tus hijos, Patria mía!

Cayeron con honor; más de la fosa
donde sus cuerpos sepultó el tirano,
álzase para aprobio del Hispano
de América la palma magestuosa.

“Ahoguemos en su sangre esos criollos,”
clamaron los esbirros del Ibero;
mas se opusieron a su intento escollos
de indomable valor, de fuerte acero;
y fué la suya que corrió en arroyos.

“Ardanse las ciudades”, luego clama
el bárbaro español en su despecho:
tronó al punto el cañón y en cada techo
brotó siniestra, inextinguible llama.

Cunde el fuego veloz; compacta nube
de negro humo en espiral gradiosa,
nuncio de asolación al cielo sube,
y en volcán transformada
doquier se admira la ciudad famosa.

Un techo tras el otro se desploma
con tremendo fragor: la roja hoguera
chisporrotea, y con sonrisa fiera
contempla otro Nerón (1) la nueva Roma.

Y fué Santiago así! De su opulencia
el recuerdo no más guardó la mente;
mas del hado al cumplirse la sentencia,
ella pudo ostentar envanecida
de lauro ornada la soberbia frente.

¡Matrona despojada en la reyerta!
Cuando tu manto de oro desgarraron
los sicarios de Iberia, te mostraron
de tu perdida libertad la puerta!

(1). Buceta.

Nueva Jerusalem! Son los trofeos
más grandes y sublimes de tu gloria,
esas ruinas que ostentan, esa historia
de muertes y de incendios que excitaron
el furor de tus bravos Macabeos.

¡Paz a los muertos! Odio a los tiranos!
Gloria a tus indomables redentores!
Los siervos se han trocado ya en señores
y el hierro triunfador luce en sus manos!

Perdona! si el laud del patriotismo
con destemplado són narró tu gloria:
yo soy, ciudad, el mismo
que voló desde el Guaire a bendecirte
y a escribir una página en tu historia.

¡Que en premio de mi amor el torpe Ibero
me odie, y que me persigan los traidores!
Yo ver tu gloria confirmada espero;
y a par será la mía
mirar libre la Patria de Febrero!

Santiago, Noviembre de 1864.

Del libro *Poesías*, por Manuel Rodríguez Objío,
Santo Domingo, 1888.

Ny. 45-55
lot.

Aug. 45-55
List.

